

Aportes feministas al marxismo - Aportes feministas al marxismo.

Ayelen Bicerne, Joaquín Badoza y Facundo Blanco.

Cita:

Ayelen Bicerne, Joaquín Badoza y Facundo Blanco (2021). *Aportes feministas al marxismo - Aportes feministas al marxismo*. Trabajo para la Maestría en Estudios y Políticas de género de la UNTREF.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ayelen.bicerne/8/1.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p6Qs/O6N/1.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



**Universidad Nacional de
Tres de Febrero**

MAESTRÍA EN ESTUDIOS Y POLÍTICAS DE GÉNERO

Seminario: "Género y Clase"

Docente: Lucía Cavallero

**Estudiantes: Badoza, Joaquín
Bicerne, Ayelén
Blanco, Facundo**

Año: 2021

Introducción

Los feminismos del mundo han declarado que *“La revolución será feminista o no será”*. Bajo este axioma sentenció que es impensado proyectar alguna alternativa política desde los postulados del marxismo/ comunismo/ socialismo/ peronismo o progresismo sin considerar los aportes de los feminismos. En este sentido, para una posible *emancipación* pensar en esa sinergia nos permite elaborar una teoría y práctica política que nos posibilite librar(nos) de toda explotación y expoliación.

Es por ello que este análisis pretende retomar los debates y críticas, en particular las de Silvia Federici (como representante de las feministas de los años 70) sobre las ideas y principios del marxismo en la lucha por el “salario para el trabajo doméstico” que se erigió como denuncia a la invisibilización y naturalización de un rol central como es la *reproducción en las relaciones sociales capitalistas* y que son, injustamente, ejecutadas por las mujeres. Trabajo no retribuido, desvalorizado, naturalizado e invisibilizado, que conlleva la realización de infinidad de “tareas domésticas” en el ámbito privado, la familia. Pero que, lejos de ser un servicio personal, es el trabajo que sustenta otras formas de trabajo, que (re)produce (in)justamente la fuerza de trabajo y que subyuga su sexualidad.

Estas críticas aspiran a la reformulación y mejora de los postulados marxistas desde las teorías y estudios feministas, reconociendo que el método del “materialismo histórico” sigue siendo necesario y mantiene su vigencia para pensar la construcción de un mundo sin capitalismo. Una filosofía materialista como base del marxismo que trata de dar una explicación científica a los problemas del mundo, en el decurso de la historia a la par de las ciencias.

Los textos de base que se tomarán de Silvia Federici para analizar dicha temática son: *“La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista”* (2008) y *“El capital y el género”* (2017), al mismo tiempo que se articularán con otros trabajos de otros autores.

Desarrollo

En "*El capital y el género*" (Federici, 2018a), Federici se refiere al trabajo reproductivo como el concepto ausente en la teoría marxista y esboza varias aproximaciones a los motivos por los que Marx podría haber ignorado o analizado apenas de forma superficial esta cuestión. Entre las razones que estudia, Federici menciona cierta naturalización del trabajo doméstico por parte del autor y una confianza y hasta "idealización" del trabajo industrial como potencial instrumento de nivelación de las desigualdades sociales. En consecuencia, Marx no logró ver la importancia estratégica de la esfera reproductiva en el marco del sistema capitalista, hasta tal punto que ignoró cómo la creación de la "familia de la clase trabajadora" y del "ama de casa proletaria" fueron esenciales en la transición capitalista (plusvalor absoluto a plusvalor real).

Es indiscutible: el marxismo sigue siendo indispensable para los feminismos anticapitalistas. Pero, al mismo tiempo, es insuficiente para el análisis de otras opresiones y ginopias históricas, producto del advenimiento de la propiedad privada y de la división sexual del trabajo que antecede incluso a los estudios de la lucha de clases en la Revolución Industrial, las cuales se renovaron y se profundizaron a partir de la globalización de la economía y del giro neoliberal de las últimas décadas. En tal dirección, "El Capital" de Marx enfoca su estudio en la relación entre el capital y el trabajo, exclusivamente en el trabajo asalariado, en un contexto recortado que es la sociedad moderna industrializada inglesa.

En este sentido, Federici (2008) vuelve sobre las falencias de Marx a la hora de concebir el trabajo no asalariado de las mujeres en el proceso de acumulación capitalista, pero lo hace a partir del análisis de varios fenómenos que demuestran la importancia del mismo y que, a su vez, refutan la tesis de que el capitalismo por sí sólo iba a crear las condiciones materiales necesarias para su superación. Por el contrario, explica la autora, en la llamada economía global, el capitalismo ha avanzado en la destrucción de los recursos naturales, la escasez y la carestía se han recrudecido, la clase trabajadora se ha visto fragmentada (asalariades versus no asalariades, sexismo, racismo) y las respuestas, reacciones y resistencias han sido protagonizadas por nuevos sujetos "de cambio" o revolucionaries como campesines, indígenas, mujeres, etc.

La globalización y los efectos que ésta tuvo en la economía mundial, en especial a partir del giro neoliberal de las últimas décadas, profundizó los prejuicios y los roles estereotipados con los que se codifica la división sexual del trabajo. En tal sentido, los viejos trabajos domésticos se complejizan y se transformaron en la industria de servicios, una maquinaria económica y política que perpetúa la subordinación del rol de la mujer en el escenario político actual. Frente a ello, es necesario entender que los olvidos en el derrotero intelectual de Marx se mantienen vigentes, en tanto el neoliberalismo y la globalización de la economía acentuaron las asimetrías económicas, políticas y culturales que sostienen las condiciones de extrema vulnerabilidad de las mujeres en nuestros tiempos contemporáneos.

Federici (Federici, 2018b) nos acerca una relectura del marco teórico de Marx desde el activismo para la búsqueda de respuestas al rechazo de las relaciones domésticas y la necesidad de contar la historia del desarrollo del capitalismo desde una perspectiva de género, más allá de la “historia de las mujeres” o de la historia del trabajo asalariado. La autora nos invita a *“reconsiderar la noción de Marx de acumulación primitiva y a descubrir que la caza de brujas de los siglos XVI y XVII constituyó el momento fundacional de la devaluación del trabajo femenino y de la aparición de una división sexual del trabajo específica del capitalismo”* (Federici, 2018b:61).

En tal sentido, resulta un tanto frustrante para los feminismos que filósofos y políticos eruditos del siglo XIX, que se dedicaron a criticar la maquinaria mercantilizadora del sistema capitalista en pleno desarrollo industrial, en Inglaterra, no hayan advertido los alcances del paradigma euro-androcentrista, a través de la teorización a partir de la perspectiva de género. Claramente, la “emancipación de las mujeres” tenía una importancia secundaria en la obra política de Marx. Máxime considerando que cuando él comenzó a escribir sobre la lucha de clases, ya habían existido grupos organizados de mujeres trabajadoras, en distintos países de Europa y en los Estados Unidos en América, que habían articulado su horizonte de lucha y alianza política en pos de ser reconocidas como sujetas de derecho ante la ley, el derecho a la educación, derecho al trabajo y al sueldo, derechos en el matrimonio, fin de los malos tratos, fin de la prostitución, fin de los abusos dentro del matrimonio, fin de la encarcelación por contraer deuda, a acabar con la esclavitud, por mejores condiciones laborales: como la reducción a 8hs de la jornada laboral, equiparación de salario con respecto a los hombres y a tener voz en la política.

De hecho resulta casi sorprendente la amnesia colectiva de los eruditos sobre el protagonismo de las mujeres en la Revolución Francesa de 1789, donde seis mil mujeres consiguieron trasladar al Rey y la Reina de Versalles a París, acción que por cierto fue clave en la facilitación de dicha revolución. Sobre el particular, cabe destacar el grado de organización de las mujeres francesas en utilizar "*Cuadernos de Quejas*" en los cuales nobles, plebeyas y religiosas escribían los reclamos antes mencionados, debido a que tenían restringida su participación en la vida política. Está de más aclarar que estos cuadernos no fueron tenidos en cuenta por la Asamblea Nacional que además de desoír los reclamos publicó la "Declaración del Hombre y el Ciudadano". Dos años después, Olympe de Gouges era guillotizada por mandato Napoleónico por atreverse a denunciar que los revolucionarios mentían cuando hablaban de derechos para todo el mundo. Era evidente, entonces, que las mujeres no eran consideradas ni libres, ni iguales y que no eran merecedoras de los preceptos de la revolución "*Libertad, Igualdad, Fraternidad*".

De igual manera, la lucha feminista se venía gestando a favor del voto en manos de las sufragistas de Inglaterra, en 1830. Mujeres activistas por el sufragio femenino que fue conquistado recién en 1928, y cuya lucha desafiaba el orden establecido cuestionando las clases sociales a través de distintas acciones políticas tales como las huelgas de hambre, las, el uso de explosivos en buzones de correo, correderas delante de la policía, dormir en el suelo, etc.

Asimismo, en los Estados Unidos, junto al movimiento antiesclavista venía desarrollándose un movimiento sufragista feminista que dio origen a la *Declaración de Seneca Falls*: el primer programa político feminista imitando a la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, asegurándose de esta manera tener los mismos derechos que los hombres.

En el año 1400, la reconocida escritora francesa Christine de Pizan, ya había denunciado en sus escritos la misoginia de la época en su libro "*La Ciudad de las Damas*", en el que reflexionaba sobre cómo sería una ciudad sin guerras ni el caos que provocan los hombres. Acusaba la educación diferenciada, desigual y sexista a la que estaban condenadas las mujeres. Por otra parte, el filósofo italiano Pauline de la Barre en su polémico libro "*La igualdad de los sexos*" defendía la educación de las mujeres, asegurando que era fundamental para ellas acceder a la educación al igual que los hombres para que la sociedad progrese. Denunciaba la misoginia y

sostenía que la idea de inferioridad que se tenía de las mujeres era producto de prejuicios sociales.

Sin embargo, resulta también preocupante no incluir *“La caza de brujas”* como masacre relevante para la historia del proletariado. Tal como expresa Silvia Federici, *“El hecho de que en Europa las víctimas hayan sido mayoritariamente mujeres campesinas puede dar cuenta de la indiferencia de los historiadores hacia este genocidio, una indiferencia fronteriza de la complicidad, ya que la eliminación de las brujas de las páginas de la historia ha contribuido a trivializar su eliminación física en la hoguera, sugiriendo que fue un fenómeno de significado menor, cuando no una cuestión folclórica”* (Federici, 2010:260). En este sentido, contra los silenciamientos, las ginopias, la misoginia y el sexismo de muchos académicos con estudios netamente androcentristas, las feministas profundizan en encontrar respuestas posibles para entender cuándo y cómo se fundan las relaciones asimétricas, dicotómicas sexualizadas y jerarquizantes y así, escapar al destino biológico. En palabras de Maria Mies, *“Si no se comprenden cuáles son los cimientos y el funcionamiento de la asimétrica relación entre hombres y mujeres, no será posible resolverla”* (Mies, 2019:102).

Dicha *“caza de brujas”*, contemporánea a la *colonización y cristianización*, fue el elemento constitutivo de la acumulación originaria (primitiva) del capitalismo. Como afirma, Federici, *“Marx introduce el término “acumulación originaria” al final del tomo I de El capital para describir la reestructuración social y económica iniciada por la clase dominante europea”* pero aclara *“sobre la acumulación originaria tampoco aparece ninguna referencia a la “gran caza de brujas” de los siglos XVI y XVII, a pesar de que esta campaña terrorista impulsada por el Estado resultó fundamental a la hora de derrotar al campesinado europeo, facilitando su expulsión de las tierras que una vez detentaron en común”* (Federici, 2010:104). Con esa acumulación originaria devino la degradación de las mujeres, el sexismo y el racismo. Federici afirma que *“fue también una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora, en la cual las jerarquías construidas a partir del género, así como las de la “raza” y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de clase y de la formación del proletariado moderno”* (Federici, 2010:105).

Tal degradación social se logra desvalorizándolas como trabajadoras y sujetas de derecho e imponiendo leyes tortuosas encargadas de *“domesticarlas”*. De esta manera, se las expulsó de los trabajos asalariados y de las calles como vendedoras

independientes confinándolas al espacio privado, *el hogar/la familia* (cisheteropatriarcal), acompañado de un proceso sistémico de acusaciones y difamaciones hacia las mujeres: salvajes, vanidosas, putas, infieles, brujas, derrochadoras, malhumoradas y un sin fin de estereotipos que aún persisten y que aún hoy siguen siendo difíciles de desmitificar. “La caza de brujas” es puro reflejo de cómo lo abyecto pasa a recaer en las víctimas. Esas acusaciones vinieron acompañadas de mecanismos de control y dependencia que abarcaban lo postural, temperamental, conductual, sentimental, gestual; en fin, un “deber ser” y “deber hacer” de las mujeres, cuyo éxito requería de la institucionalización de esa cosmovisión machista y andocentrada. Mutilar la sexualidad de las mujeres: expropiarles lo erótico para que sólo se conceda placer a los hombres, imponerles la cisheterosexualidad como única relación aceptable; la subordinación de la reproducción de la fuerza de trabajo devino, entonces cuerpos utilitarios al patriarcado capitalista supremacista blanco.

La quita de derechos de las mujeres se institucionalizó en varios países como enseña Federici: *“En Francia, perdieron el derecho a hacer contratos o a representarse a sí mismas en las cortes para denunciar los abusos perpetrados en su contra. En Alemania, cuando la mujer de clase media enviudaba, era costumbre designar a un tutor para que administrara sus asuntos. También se les prohibió vivir solas o con otras mujeres y, en el caso de las pobres, incluso ni con sus propias familias, porque se suponía que no estarían controladas de forma adecuada. Y agrega, “Además de la devaluación económica y social, las mujeres experimentaron un proceso de infantilización legal”* (Federici, 2010:179).

En tal sentido, con la división sexual del trabajo se reconfiguran las relaciones entre hombres y mujeres. El “trabajo doméstico” pasa a ser la cárcel y el espacio de superexplotación de muchas mujeres, enmascarado de “amor” y “cuidados”. Relaciones asimétricas sexualizadas y jerarquizantes fuertemente naturalizadas en el ideario colectivo. Es con la revolución capitalista, la aparición del “homoeconomicus” y una economía de mercado que se consolida esta relación de legitimación del patriarcado. De hecho, en palabras de Angela Davis, *“antes del advenimiento de la propiedad privada, la desigualdad sexual antes no existía tal y como hoy se la conoce. Durante las primeras etapas de la historia, la división sexual del trabajo dentro del sistema de producción económica estaba regida por un criterio de complementariedad y no de jerarquía”* (Davis, 2015:255). Todos estos factores,

como se dijo, fueron agravados por el giro neoliberal y por la globalización de la economía, que redefinieron y profundizaron la economía de mercado de corte patriarcal y misógino.

Podría pensarse que de esta manera, es que no se piensan las “tareas domésticas” en tanto trabajo y el valor que este implica en el proceso de acumulación capitalista. Entonces, por ello, Marx no las considera como sujetas revolucionarias. De hecho, sólo ve un sujeto revolucionario en el trabajador industrial asalariado productor de mercancías. Como nos sugiere Federici, *“poner la reproducción de la fuerza del trabajo en el centro de la producción capitalista desentierro un mundo de relaciones sociales que estaba oculto en Marx pero que resulta esencial para exponer los mecanismos que regulan la explotación de las colonias y las periferias del mundo capitalista”* y suma a esto, *“el trabajo doméstico no asalariado adscrito a las mujeres como su destino natural se suma y se complementa con el trabajo de millones de campesinas, agricultoras de subsistencia y trabajadoras informales que cultivan y producen por una miseria las mercancías que consumen los trabajadores asalariados o proporcionan al coste más bajo los servicios necesarios para su reproducción”* (Federici, 2020:227).

Tras el término reduccionista de “trabajo doméstico” y “trabajo productivo” se esconden infinidad de trabajos invisibilizados extenuantes, no creativos, de tiempo casi completo y que no se traducen de manera directa en un salario. Ese “trabajo doméstico” va más allá de la limpieza de la casa. María Mies sugiere llamarlo *“producción de la vida o producción de subsistencia”*, puesto que comprende la procreación (de donde sale la fuerza de trabajo: mano de obra), el servir y atender a los que ganan el salario (emocional, física y sexualmente), la crianza y el cuidado de los hijos: amamantamiento, comida, salud, educación, vestimenta, aseo y socialización de género funcional al capitalismo, el cuidado de los mayores adultos, el cuidado de las mascotas, etc.

Tal como lo afirma, Federici *“Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres (y niñas) que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas”* (Federici, 2018b:26). Ante la definición restrictiva del concepto burgués capitalista y marxista del “trabajo productivo” de plusvalía, Mies nos aclara que, *“sin la producción de subsistencia de los trabajadores no asalariados (mayormente mujeres) en curso, el trabajo*

asalariado no podría ser 'productivo'". Y contrariamente a lo que manifiesta Marx considera "la producción capitalista como un único proceso consistente en la fusión de los otros dos: la superexplotación de los trabajadores no asalariados (las mujeres, las colonias, los esclavos, trabajadores temporales, los campesinos) sobre los cuales se hace posible la explotación del trabajo asalariado. Su explotación como superexplotación porque está basada no solo en la apropiación (por parte de los capitalistas) del tiempo y el trabajo más allá del tiempo de trabajo "necesario", es decir, el trabajo excedente, sino en la apropiación capitalista del tiempo y el trabajo necesarios para la propia supervivencia de la gente o para la producción de subsistencia" (Mies, 2019:108).

En este sentido, cabe resaltar, que para que la maquinaria capitalista tenga éxito requiere de la (re)producción de una *subjetivación capitalista*. La producción de subjetividad se encuentra en lo que Marx denominó infraestructura productiva. Tal como nos plantean, Guattari y Rolnik, *"La producción de subjetividad del CMI (Capitalismo mundial integrado) no consiste únicamente en una producción de poder para controlar las relaciones sociales y las relaciones de producción"* y agrega, *"La producción de subjetividad constituye la materia prima de toda y cualquier producción"*. En este sentido, los feminismos a través de sus luchas han logrado una respuesta contrahegemónica para disputarle esa *producción subjetiva dominante* para la construcción de la conciencia política autónoma en las diversas clases y sectores populares. En palabras de Gramsci, *"Si se quiere cimentar una hegemonía alternativa a la dominante es preciso propiciar una guerra de posiciones cuyo objetivo es subvertir los valores establecidos y encaminar a la gente hacia un nuevo modelo social"*.

Conclusiones

Como vimos, las relecturas que se han hecho desde una mirada feminista crítica fueron y son vitales para en primera instancia visibilizar y denunciar el sexismo, las violencias, el racismo y el clasismo en la historia. Pero también para brindar propuestas que sirvan a la reconstrucción de un mundo más justo, más igualitario y realmente democrático. Así es como, Federici afirma: *"Lo que necesitamos es un resurgimiento y un nuevo impulso de las luchas colectivas sobre*

la reproducción, reclamar el control sobre las condiciones materiales de nuestra reproducción y crear nuevas formas de cooperación que escapen a la lógica del capital y del mercado” (Federici, 2008:179).

Ahora bien, en la actualidad, en este contexto de cuarentena obligatoria nos preguntamos quiénes son las personas que podrían rebelarse contra las estructuras que generan las condiciones de desigualdad. Y aquí surgen las preguntas: ¿Esta experiencia de confinamiento obligatorio podrá redescubrir al trabajo reproductivo *"como el campo de trabajo más liberador y creativo para la experimentación de las relaciones humanas"* o implica inevitablemente una maximización de la opresión? En este sentido, ¿podría el salario doméstico abrir el paso para que también varones se interesen en este trabajo que se basa en una lógica del afecto?

Respecto a la difícil pregunta de si es conveniente o no que el trabajo de cuidado o reproducción social sea remunerado, pensábamos en el caso del matrimonio igualitario como un ejemplo emblemático en términos de conquista de derechos. Quizás no haya que pensarlo como un punto de llegada, sino más bien como un pequeño paso que implicaría una *reparación histórica* para gran parte de la población al mismo tiempo que posibilitaría un terreno más igualitario desde el cual seguir pensando.

La urgencia de este loable objetivo está signada por la profundización de las asimetrías políticas y económicas entre los hombres, las mujeres y disidencias que se generó a partir de la globalización de la economía y del giro neoliberal de las últimas décadas, que imponen la necesidad de retomar los planteos clásicos del marxismo pero conjugándolos con las teorías y perspectivas feministas que se expusieron a lo largo del presente trabajo.

En este sentido, seguimos en pie de lucha para, además de institucionalizar nuestras propuestas feministas, lograr efectivizarlas y concretarlas territorialmente brindando cambios de paradigmas más inclusivos y más humanos, como se hizo con la ley de matrimonio igualitario, ley de Educación Sexual Integral, ley de derechos sexuales y derechos (no)reproductivos, ley de protección integral de prevención, sanción y erradicación de la violencia de género, ley de identidad de género, ley de parto respetado y humanizado, ley Micaela, ley cupo laboral travesti-trans, ley de interrupción voluntaria del embarazo, entre otras, que pretenden ni más ni menos devolvernos *nuestra dignidad* porque *"lo personal es político"*.

Bibliografía

- Federici, Silvia:
 - (2010). *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires. Tinta Limón.
 - (2018)a. “*El capital y el género*” en “El patriarcado del salario”. Buenos Aires. Tinta Limón
 - (2018)b. “*El patriarcado del salario*”. Críticas feministas al marxismo. Buenos Aires. Tinta Limón
 - (2018)c. “*Porque la sexualidad es un trabajo*”, en *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Buenos Aires: Tinta Limón.
 - (2020). *Reencantar el mundo*. El feminismo y la política de los comunes. Buenos Aires. Tinta Limón.
- Davis, Angela (2015). *Mujeres, raza y clase*. Madrid. Akal
- Mies, Maria (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid. Traficantes de sueños.
- Guattari, F y Rolnik, S (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid. Traficantes de sueños. Mapas.